

niñas, puras como un espejo que no ha empañado ningun hálito, van á disfrutar de la brillante y peligrosa época de las vacaciones: ponedlas bajo la égida de vuestro amor: estad atentos y prontos para desviar de ellas todo cuanto pudiera afectar á su inocencia y piedad angelical.

EXCUSAS DEL PECADO Y DEL PECADOR, véase DISCULPAS, GRACIA é INSPIRACIONES.

ESPECTÁCULOS.

Ostendit ei omnia regna mundi, et gloriam eorum.

Mostróle todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos.

(MATT. IV, 8.)

El santo Evangelio nos dice, que el demonio se atrevió á hacer á los ojos del Salvador una ostentacion de pompa y magnificencia, en la que algunos santos Padres, han visto figuradas las ilusiones con que el ángel de las tinieblas, en ciertos espectáculos, fascina á los ánimos. Atento á sacar partido de la afieion de los hombres á las vanidades del mundo, se las presenta, á veces, bajo la forma de los espectáculos más seductores, y gózase en su derrota, en el momento mismo, en que creen hallarse al abrigo de sus furoros y de sus asechanzas.

En vano se pretende defender toda clase de espectáculos, calificándolos de escuelas en que se ilustra el espíritu, en que se corrigen las costumbres; en vano se procura hermanar todas sus máximas con las del Evangelio, é interpretar la religion en su favor; es un atentado á la moral cristiana, una blasfemia contra la verdad, contra la cual todas las leyes divinas piden justicia, como contra un crimen enorme, y contra el mayor escándalo que hubo jamás. Muchos espectáculos son obra del demonio, y pocos son los que no ofrecen peligro: en la mayor parte, levanta su trono el enemigo de nuestra salvacion, y para perdernos, nos muestra toda la gloria ó vanidad del mundo.

Jesucristo, que quiso ser tentado en su persona, para enseñarnos á sufrir la prueba de la tentacion y á resistir, permitió, que Satanás expusiese á su vista todo el vano esplendor de las riquezas y de las grandezas, como un ejemplo de lo que aquel padre de la mentira debe hacer, un dia, con nosotros. Quiere precavernos contra sus asechanzas, y prevenirnos contra la seduccion, con que aquel ángel perverso nos encubrirá los peligros de ciertos espectáculos y sus horrores.

En efecto; siempre malicioso y astuto, el demonio reúne en algunos espectáculos lo más deslumbrador y peligroso que ofrece el mundo. Aquí, emplea las palabras y los sonidos más propios para inspirar amor á la voluptuosidad; allí, se vale de lujosos trajes para ostentar el encanto de los más brillantes colores, y esa mezcla, que admira y arrebatá, deslumbra los sentidos, subyuga el alma, y acaba por romper los corazones.

El teatro, algunas veces, es el templo del demonio, erigido contra el de Jesucristo; el ídolo de Dagon, que insulta al arca santa; la abominacion de la desolacion, en medio del cristianismo.

No pocos espectáculos ofrecen grandes escollos para la inocencia y para la virtud. Esto es lo que me propongo demostraros. Imploramos los auxilios de la gracia A. M.

1. Si algunos espectáculos no son realmente las máximas del mundo y las pompas de Satanás, á las cuales hemos renunciado, no hay en la tierra obra de mentira ni vanidad, y nuestra renuncia solo se refiere á fantasmas y quimeras. En efecto; ¿dónde hallar más verdaderamente que en ciertos espectáculos, el lujo, tan opuesto á la pobreza evangélica; el espíritu mundano, tan contrario á la sencillez cristiana; la molicie, tan incompatible con la austeridad de nuestros deberes; el amor profano, tan enemigo de la pureza angelical, que debe formar nuestras costumbres?

En ciertos espectáculos, se ocultan todas las virtudes, se ostentan todos los vicios, la venganza toma el nombre de magnanimidad, la ambicion el de heroismo, el orgullo el de elevacion, y la falta de pudor el de sentimiento. En los espectáculos, el arte se esfuerza en refinar los placeres, en introducir el lujo y la voluptuosidad por los oidos y por los ojos, para saciar con ellos el alma, y para hacerles triunfar. En los espectáculos, se gozan todas las pasiones, y encuentran cuanto puede lisonjearlas y favorecerlas, de suerte, que las máximas del mundo y las pompas de Satanás se representan, á cada instante, como el principal objeto de los actores. He citado en primer término las

máximas del mundo. ¡Ah! hermanos míos, no dejareis de convenir en ello, pues eso mismo es lo que tanto os aficiona á cierta clase de espectáculos, y os hace andar en busca de ellos con tanto ardor. Los espectáculos son el cuadro del mundo, y un cuadro que, por las pinceladas de que está lleno, es más peligroso que el mundo mismo. En efecto; las diferentes pasiones humanas están, digámoslo así, aisladas en el comercio de la vida. Aquí domina el lujo; allí reina el orgullo; allá cunde la impureza; pero en los espectáculos, no pocas veces eso forma un conjunto, que no se distingue sino para seducir con más habilidad, para sembrar la corrupción con mayor seguridad.

Solo hablo de cierta clase de espectáculos, hermanos míos, para inspiraros horror á ellos, para deciros con todos los Padres de la Iglesia, con toda la tradición, que no podeis asistir á ellos, sin faltar á las promesas de vuestro bautismo, sin faltar á la solemne alianza que contrajisteis ante el altar, alianza cuyos testimonios existen en los archivos de la religion, y depondrán siempre contra vosotros.

¡Cómo, hermanos míos! ¿sois miembros de Jesucristo crucificado, y creéis que, sin deshonorar esta augusta cualidad, podeis concurrir á los lugares en que se enseñan las máximas del mundo y está en peligro vuestra alma? ¡Ah! decidme: el espectáculo perenne de un cristiano, ¿no es la cruz del Salvador? ¿Y podriais mirarla serenos, en medio de aquellos que, con sus ademanes y palabras, procuran distraeros de este grande objeto? ¿Qué diriais, si cuando estais presenciando ciertos espectáculos os presentáran de pronto la imágen del Hombre-Dios, clavado en una cruz, atravesado de una lanza, coronado de espinas, y cubierto con la sangre que derramó por vosotros y por mí? ¡Ah! seguramente ese espectáculo os estremecería, y quizá os desesperaría. Con todo, hermanos míos, esa imágen debeis considerarla siempre, si quereis cumplir las promesas hechas en el bautismo; esa imágen debe formar el objeto de vuestras esperanzas y consuelos; esa imágen la buscareis al morir, y será el único objeto que mirareis y besareis, como un tesoro de que, por desgracia, os habeis olvidado, y que merece todo vuestro amor.

¡Ah! no digais, que semejantes espectáculos pueden conciliarse con los deberes del cristiano, pues creeré haberos confundido bastante, oponiendo sencillamente á sus máximas la imágen de Jesucristo, de que debeis dar testimonio durante vuestra vida. Quizás me objetareis, que los festines, los bailes y los juegos, en que el mundo cifra su ocupacion y sus delicias, no pueden tampoco conciliarse con la cruz del Salvador, y que, sin embargo, la multitud se entrega sin reparo á esos placeres. Pero, ¿no sabeis que son muchos los que se

condenan, y que el mundo corre á su ruina? ¿debo, por ventura, repetir las verdades más triviales del cristianismo? La religion no condena ninguna accion vieiosa para permitir otra; y cuando se presenta la ocasion, clama contra todas las diversiones peligrosas, sean ó no sean espectáculos. No nos echeis á nosotros la culpa, si estas leyes os parecen austeras y duras; escritas están en el Evangelio que habeis abrazado: el Evangelio, segun el cual habremos de dar cuenta de las palabras inútiles; el Evangelio, que nos manda hacer oracion sin tregua y mortificar nuestros sentidos, si no queremos perdernos; el Evangelio, que llama bienaventurados á los que lloran y sufren, que ofrece el reino de los cielos solamente á los que se hacen violencia á sí propios; el Evangelio, que es el testamento de un Dios que vivió para darnos el ejemplo, y cuya vida pasó entre trabajos y tormentos para terminar en una cruz.

Ninguno de vosotros, hermanos míos, podria ménos de sorprenderse altamente, si vierais á un sacerdote en los espectáculos; y mucho más, si los espectáculos á que asiste, fuesen muy peligrosos. De seguro, no podriais contener vuestra indignacion, y no dejariais de participar á todo el mundo el escándalo, que os causaria un paso tan temerario é imprudente. Con todo, si fuereis consecuentes, vuestra cólera debiera ántes volverse contra vosotros mismos. Los votos del sacerdote, por respetables que sean, no pueden ser más inalterables que los votos hechos en el bautismo; y el cristiano está tan fuera de su lugar, en ciertos espectáculos, como el clérigo más escrupuloso y observante. El mal procede de que se ha arraigado la costumbre de frecuentar toda clase de espectáculos. Ese escándalo ya no nos afecta, porque es muy comun; pero Dios, que segun la reflexion de san Ambrosio, no es costumbre, sino verdad; Dios, que pesa los crímenes de este siglo, como pesó los de todos los precedentes; Dios, que condena al mundo y á cuantos siguen sus máximas, se levantará en su justa ira contra el cristiano, que deshonorá al cristianismo, frecuentando las reuniones en que se goza el demonio. Este enemigo de nuestra salvacion, procura agitar todas las pasiones de los que representan y de los que asisten á las representaciones, de los que declaman y de los que escuchan, para hacer un allegamiento monstruoso de pensamientos lascivos y deseos criminales. El amor, y siempre el amor, como un tirano que cautiva los ánimos y los corazones, aparece y reaparece bajo mil formas diversas; habla, gime, llora, agítase y atorméntase, hasta que todo lo somete á su imperio. Entónces las pompas de Satanás se desplagan en todo su esplendor; la aficion á las galas y á la vanidad se comunica de clase en clase, los ojos se

abren, así como los oídos, y el corazón recibe todo lo que la corrupción ha recogido para emponzoñar las almas. ¡Gran Dios! ¿es esa tu religión? ¿es eso lo que nos has enseñado? ¿Y á ese precio darás tu reino eterno? ¿Esperan, pues, los aficionados á esta clase de espectáculos, que un día les digas: venid, amados hijos míos, venid á recibir coronas inmortales, por haber concurrido más á los teatros que á mis templos; por haberos imbuido en las máximas de un mundo que he maldecido; por haber embriagado vuestros sentidos con todo lo que mi ley condena; por haber buscado todo lo que en vuestro bautismo detestasteis; por haber ofrecido sacrificios al demonio, enemigo de mi Iglesia, enemigo de toda verdad: y vosotros, santos míos, que habeis llorado, gemido, mortificado vuestra carne por mi gloria y por mi amor, id al fuego eterno?

Decidme, hermanos míos: ¿no es extrañísima semejante suposición? ¿No os hace temblar? Sin embargo, es la precisa consecuencia de vuestro entusiasmo por ciertos espectáculos, y de vuestro ahinco en sincerarlos. O son buenos, ó malos; no hay medio. Si son buenos, Dios recompensará á los que los frecuentan; si, por el contrario, son malos, ¿cómo atreverse á justificarlos, cómo atreverse á concurrir á ellos?

Me direis, que los espectáculos á que asistís, no son buenos ni malos, sino indiferentes. ¡Pues qué! ¿durante el curso de una vida cristiana, podría perderse un día, una hora? ¿Cómo! ¿se dará cuenta de las palabras inútiles, y no la habríamos de dar de las acciones inútiles? ¿Cómo! en una religión que nos obliga á referir á Dios todo lo que hacemos, á mortificar nuestros sentidos, á castigar nuestra carne, á usar de este mundo como si no usásemos de él, ¿nos será permitido seguir las locuras del siglo y abandonarnos á ellas? ¿Cómo! ¿sometidos á las leyes de un Evangelio, que nos manda arrancarnos los ojos si nos escandalizan, ¿nos será lícito exponernos al mayor peligro? Pues yo voy á demostraros, que casi todos los espectáculos ofrecen grandes escollos para la inocencia y para la virtud.

2. No creais, hermanos míos, que para describiros los escollos de los espectáculos, entre yo ahora en detalles, que os los presenten más agradables que repugnantes, y vaya á rebajar mi ministerio, haciendo descripciones indignas de la santidad de este lugar. Ya sé, como dice el Apóstol, que hay cosas que no deben nombrarse entre el pueblo de Dios, *nec nominetur in vobis*; que aún el retrato del vicio es un objeto peligroso, y que, hasta cierto punto, es tomar parte en el crimen, presentarlo con colores halagüeños. Me basta vuestro propio testimonio, vuestra misma confesión para comprobar, que son

un escollo para vuestra inocencia. ¿Cuántas veces no habeis sentido moverse vuestra alma á impulsos del orgullo y de la impureza, que la llenan de toda suerte de imágenes, mientras oíais el lenguaje de estas pasiones con tanta fuerza como energía? Los versos se grababan en vuestra memoria, y los sentimientos en vuestro corazón; de modo, que respirabais los mismos vicios y los mismos errores que se ponían en escena, encubiertos y disfrazados.

¡Ah! si el Evangelio nos manda hacer un pacto perpétuo con nuestros ojos, para no exponernos á fijarnos en un objeto peligroso; si hay que precaverse contra todas las ocasiones que nos rodean, por temor de dejarnos sorprender por el pecado; si cuando uno ama el peligro, perece en él, ¿cómo pueden excusarse los espectáculos? S. Jerónimo se esforzaba todo lo posible para olvidar, en medio de las imágenes de la muerte y de la soledad más profunda, los recuerdos, que los espectáculos de Roma dejaron en su imaginación; S. Antonio, mortificado por el cilicio, necesitaba toda la gracia y sus esfuerzos todos, para resistir á la violencia de las tentaciones que le acosaban; S. Benito, continuamente ocupado en meditar las verdades eternas, veíase obligado á echarse sobre espinas, para no consentir en malos deseos: ¿y quién podrá sin riesgo, sin escrúpulo, exponerse á los peligros de un espectáculo, en que no se ven más que objetos de seducción?

¡Oh! si pudiera reunir aquí á vuestra vista á todos aquellos, cuyas costumbres han sido corrompidas por los espectáculos, ó que han encontrado en los mismos el principio de su ruina! Los padres no saben, á veces, á quién echar la culpa, cuando sus hijos se abandonan á los mayores excesos; las madres buscan en causas remotas el origen del escándalo de sus hijas; y son, muchas veces, los espectáculos, no lo dudeis, los que han perdido á unos y otras. Allí se aprende á engañar á un padre sábiamente económico, á sorprender la vigilancia de una madre cuidadosa, á tramar enredos con los criados, á hacerles confidentes para el logro de malos deseos, y para entregarse á las más torpes pasiones. Allí se aprende á procurarse entrevistas secretas con un amante apasionado, á hacer llegar á sus manos cartas y billetes, á encontrar dinero á crédito y usureros complacientes y cómodos; allí, en suma, se aprende á mirar el crimen como una galantería, la mentira como una habilidad, el lujo como una decencia, y la obediencia á los padres como una tiranía.

No nos digais, que los espectáculos dan sensibilidad al alma, y que cuando determinadas escenas enternecen, es una señal indudable de humanidad y generosidad. ¿Qué importa, hermanos míos, que se compadezcan infortunios imaginarios, si somos insensibles á los ma-

les del prójimo; si no se hace caso de los pobres; si se mira con impasibilidad la miseria que le aflige, ó las llagas que le cubren? La humanidad, nó consiste en lágrimas ni en suspiros, sino en acciones, que alivien al infeliz; en modales, que le consuelen; en palabras, que le tranquilicen y le infundan aliento.

No esperéis, pues, de una gran parte de espectáculos más que peligros para la virtud, y aún para la religion.

Cuando el corazon está corrompido, dice el doctor angélico, solo falta un paso para llêgar á la incredulidad; y toda vez, que los espectáculos son peligrosos para la virtud, tambien lo son para la religion. Nadie se familiariza impunemente con ellos, segun la expresion de san Buenaventura; así como conducen al pecado, conducen á la impiedad; y eso no debe parecernos extraordinario, atendido que la fé se extingue casi siempre, allí donde las pasiones dominan. Cuando se ama las cosas vanas y frívolas, se va á la iglesia con disgusto, no se puede ya sufrir la predicacion, no se habla más de recibir los sacramentos; y á fin de que los remordimientos no vayan á turbar los placeres, ni la falsa seguridad en que se quiere vivir, se busca con avidéz en los libros de los impios, ó en sus discursos, pretextos para no creer ya nada. De ese terrible estado se pasa á las mofas contra la Iglesia y sus ministros, á un desprecio general de todo cuanto tiene prescrito: y ved ahí, hermanos míos, como, muchas veces, los espectáculos conducen á la incredulidad.

Pero, tal vez, me respondereis, que á ese paso seria preciso retirarse á los desiertos. Aún cuando tomarais ese partido, hermanos míos, no hariais sino lo que han hecho tantos ilustres penitentes, que tenian un alma por salvar como vosotros; pero ya sé que ese género de vida no conviene á todos, y que si es verdad, que el hombre se santifica en la soledad, no lo es ménos que obtiene igual gracia en los pueblos y ciudades. El Evangelio es para todo estado y condicion; pero ni siguiendo el torrente del siglo, ni conformándose con sus máximas, puede llegarse al reino de los cielos.

Si se objeta, que los espectáculos que frequentais son permitidos, esta objecion no impide que no sean alguna vez peligrosos. Hay cosas autorizadas por las leyes, que la conciencia no permite adoptar. Los gobiernos toleran lugares que la decencia no permite nombrar; pero ¿ los frequentareis vosotros, por poco que respeteis las buenas costumbres?

Concibo, hermanos míos, que habiéndoos dado Dios deseos y ojos, debeis naturalmente andar en busca de espectáculos. Pero ¿no sabeis que la Providencia ha atendido perfectamente á vuestros deseos?

Considerad el firmamento, donde las estrellas, como centinelas, aguardan las órdenes del Dios que las rige; contemplad el sol, que, siempre viejo y siempre nuevo, os ofrece cada dia la imágen de los más brillantes colores, y de las más excelentes decoraciones; mirad la luna, que por la suavidad de su luz, presta á la misma noche bellezas, que todo el arte de los pintores no alcanza á imitar; ved la tierra, que en su admirable variedad se cubre sucesivamente de flores y de frutos, y parece un compuesto de esmeraldas, záfiro y rubíes; fijad los ojos en la magestad de los mares, que, llevando sus aguas del uno al otro extremo del mundo, trasportan las riquezas y las pasiones de los hombres, y que, siempre dispuestas á cubrir la tierra, se ven continuamente contenidas por un grano de arena, que el Omnipotente opone á su furor; consideraos, en fin, á vosotros mismos, admirad las maravillas que resultan de la union de vuestra alma con vuestro cuerpo, y dad á vuestros pensamientos un vuelo, que los lleve á los espacios inmensos, á los dias eternos para los cuales nacimos.

Tales son, hermanos míos, los espectáculos del cristiano, del filósofo, de todo hombre que reflexiona. Si no los encontrais tiernos, y, así, preferís esos espectáculos que interesan el alma, que conmueven el corazon y arrancan lágrimas, ¡ ah! leed las historias de José, de Moisés, de los Macabeos; historias tan tiernas, tan superiores á toda ficcion, que aún aquellos que han querido componerlas en verso y han creído embellecerlas, las han desfigurado: leed los padecimientos de Jesús, las circunstancias de su dolorosa Pasion, las de su ignominiosa muerte; y sino derramais lágrimas, será, porque vuestro corazon es insensible. Leed las actas de los mártires, y allí vereis descritos miembros palpitantes sobre ruedas; cuerpos despedazados por la rabia de los verdugos; cabezas separadas de su tronco por la actividad de un fuego devorador; hombres vivos cubiertos de betun y de pez, encendidos como antorchas, para servir de luz á los transeuntes; otros expuestos en los circos y anfiteatros á la ferocidad de los tigres y leones, como un espectáculo á propósito para divertir al pueblo y á los emperadores. Allí vereis madres, que alientan á sus hijas á la muerte, y esperan y sufren los tormentos con una intrepidez firme y constante; viejos, que se arrastran gozosamente en medio de las piedras y de los insultos, para ir á terminar sus dias en los más crueles suplicios, y amenazar á los tiranos con la cólera celeste.

Haced, Dios mio, que todos estos fieles sé acuerden de la gracia de su vocacion, y aborrezcan aquellos espectáculos, que son tan contrarios á tu santa religion, y todos aquellos en que estaria en peligro su

alma. Haced que no conozcan otro espectáculo que la contemplacion del reino celestial, á que todos debemos aspirar. Así sea.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

ESPECTÁCULOS.—La aficion que tienen los hombres á los espectáculos, manifiesta que tienen apego á la ociosidad.

El tributo que pagan los hombres por los espectáculos, manifiesta que son pródigos.

ESPECTÁCULOS.—No se ha concedido el tiempo á los cristianos para asistir á los espectáculos.

El temor que los santos han manifestado siempre por los espectáculos, debiera hacer temer á los pecadores.

Los espectáculos más honestos son deshonestos, porque dan ocasion á verdaderas tentaciones.

ESPECTÁCULOS.—Los espectáculos que más atraen á los hombres, son los lazos más peligrosos que tiende el demonio.

Los espectáculos que absorben el tiempo á los hombres más sábios del siglo, que debieran emplearlo en el cumplimiento de sus obligaciones, manifiestan, que la mayor sabiduría del mundo es una gran locura.

Los espectáculos que dan ocasion á los hombres de contraer hábitos peligrosos, son las invenciones más dañosas de la ociosidad.

ESPECTÁCULOS.—Cuando los espectáculos representan cosas honestas, no dejan por esto de extraviar nuestros sentidos.

Cuando son representaciones infames, envenenan nuestra imaginacion.

Cuando nos complacemos en lo que significan, excitan nuestras pasiones.

ESPERANZA CRISTIANA.

I.

Induti lorica[m] fidei et charitatis, et galeam spem salutis.

Armémonos tomando por coraza la fé, y por casco la esperanza de la salvacion.

(I THESS. V, 8.)

Grande y bello es, hermanos míos, el asunto de que voy á hablaros en este día; voy á hablaros de vuestro destino, de la suprema dignidad y la suprema felicidad, que consisten en la eterna contemplacion y adoracion de Dios.

Ved aquí el objeto de la esperanza cristiana. La inmensidad del alma se echa de ver en la inmensidad de sus deseos; el alma es insaciable, porque es inmortal; por qué Dios no ha querido que llevase, en sí propia, tendencias sin fin y una falsa confianza, su elevacion es proporcionada á los arranques de su ambicion. Ved ahí, por qué el alma cristiana, que cifra su esperanza fuera de la tierra, fuera de los sentidos, en la posesion del Dios de los cielos, es el alma más elevada, la más grande, la más digna. Ved ahí, tambien, por qué la esperanza no puede proceder sino de Dios. Este es el primer punto que quiero consignar. La esperanza cristiana germina en la fé y en la caridad; es, por lo tanto, fecunda y de seguros resultados: este será el asunto de la segunda parte de este discurso.

Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La esperanza no puede ser legítima sino cuando procede de Dios, y con esta sola condicion puede tener tambien el carácter de grandeza. Dios se nos dá á conocer por medio de todos sus atributos; pero, en especial, por aquellos cuyos efectos vemos y experimentamos de continuo; tales son: su poder y su amor. Todo pregona en el mundo el poder y el amor de Dios, todo lo que está fuera de nosotros mismos revela la existencia de esos dos atributos; y si somos cristianos, todo en nosotros rinde tambien igual testimonio. Uno de esos testimonios